



**LOS JESUITAS EN TIEMPOS DE
LA VIOLENCIA (1980-1992).**

Martínez, Emilio SJ

Lima: Compañía de Jesús

Fondo editorial de la Universidad
Antonio Ruiz de Montoya
2018 / 104 pp.

Los jesuitas en tiempos de la violencia (1980-1992) es una reciente publicación de Emilio Martínez, jesuita español asentado en el Perú desde hace varios años. Es un trabajo que se ubica dentro del campo de los estudios de memoria del período de violencia, basándose en los testimonios —orales o escritos— de los jesuitas que vivieron y trabajaron en zonas de emergencia. Si bien el autor no vivió en el Perú por esos años, su cercanía con el tema, en especial con las víctimas de zonas rurales, se asentó cuando se desempeñó como párroco en Cangallo, una de las provincias más afectadas durante el conflicto, desde donde asistió a comunidades afectadas y, entre diversas tareas, apoyó la elaboración del Registro Único de Víctimas en ese ámbito.

El libro ofrece un recuento de las presencias y compromisos de los jesuitas en cuatro escenarios del conflicto: Jarpa, en la sierra central de Ayacucho, el distrito limeño de El Agustino, y la diócesis de Chimbote. El autor da cuenta de estas presencias de la Compañía como parte de una apuesta más general de la Iglesia Católica, en particular de aquella fiel a los principios del Concilio Vaticano II. En tal sentido, este relato forma parte de una historia mayor, por ahora solo recogida en el Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), y que incluye a sacerdotes diocesanos, congregaciones religiosas y numerosos laicos y laicas. Muchos de ellos, incluso en los tiempos más violentos,

permanecieron fieles acompañando a las víctimas de la violencia. Tanto el autor como la CVR reconocen que esta conducta no es reconocible en toda la Iglesia, pues algunos sectores no mostraron el mismo nivel de servicio a quienes más sufrieron.

En todas las historias referidas en el libro se puede reconocer una motivación común: la vivencia profunda de una espiritualidad que intenta colocarse siempre del lado del Cristo sufriente cuyo rostro se muestra en seres humanos concretos, en este caso las víctimas de la violencia. Esa experiencia íntima es la que explica opciones personales, de jesuitas concretos, dispuestos a permanecer en zonas de conflicto. Pero también institucionales, de la propia congregación que respalda y acompaña esas presencias.

Una característica que menciona el autor, y que fue resaltada en la presentación del libro, es que los jesuitas son muy parcos o austeros para hablar sobre “los registros más profundos de su experiencia”, lo cual incluye un distanciamiento de “narrativas de carácter heroico o en las que se sobrevalore su participación en los hechos”. Sobre la base de mi conocimiento personal de algunos de los jesuitas cuyos testimonios están recogidos en el libro, puedo afirmar que no se trata de una actitud impostada. Esta forma de asumir con sencillez el compromiso me recuerda el concepto de “salvadores” que emplea Tzvetan Todorov (*Frente al límite*. México DF, Siglo XXI editores, 1993).

Pensando en el Holocausto, Todorov entiende como “salvadores” a “los individuos que se dedicaron, durante la segunda guerra mundial, a la salvación de personas amenazadas, sobre todo de judíos”. El cine y la literatura nos muestran muchos ejemplos de este tipo de conductas. La primera característica que los describe es que no se reconocen a sí mismos como héroes:

“De pronto, los salvadores no se ven... como seres excepcionales. No les gusta que se los elogie; han hecho lo que han hecho porque era para ellos la cosa más natural del mundo... Ellos no tienen la sensación de haber hecho nada excepcional; por lo demás no se trata nunca de un gesto único... sino de una multitud de actos triviales repetidos cotidianamente, a veces durante varios años, y que, de hecho, se prestan mal para el relato” (p. 251).

Actos cotidianos como la misa dominical o la celebración de los sacramentos, pero que en contextos extremos pueden tener profundas connotaciones para quienes participan en ellos. Se trata de una insistencia terca para no dejarse arrebatar los sentidos mínimos de la dignidad y de la convivencia humana. Todorov la describe así:

“La acción de los salvadores escapa tanto a la resignación como al odio. En efecto, para comprometerse en una actividad de salvación, no era suficiente tener rectitud moral, fidelidad, y no aceptar ensuciarse las manos; si además uno no pensaba que no había por qué cambiar el curso del mundo, entonces uno no se convertía en salvador. La resignación equivale, en fin de cuentas, a la indiferencia sobre la suerte de los demás. El salvador es un intervencionista, un activista, alguien que cree en los efectos de la voluntad. Pero, por otro lado, se niega a llevar ese combate imitando al enemigo en su odio” (pp. 252-253).

Seguramente los jesuitas no se identificarían con el término “salvador”, pero me parece que la definición propuesta por este historiador les hace justicia.

Jairo Rivas Belloso

Antropólogo por la Pontificia Universidad Católica del Perú y Magister en Ciencia Política por la misma casa de estudios. En el campo de la justicia transicional se ha desempeñado como secretario técnico del Consejo de Reparaciones, en el Perú, y como asesor *senior* de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a Víctimas en Colombia. También ha trabajado en la Defensoría del Pueblo y en diversas organizaciones de la sociedad civil, incluyendo algunas obras de la Compañía de Jesús. Ha publicado artículos en las siguientes revistas: *Journal of Human Rights Practice*, *Revista Iberoamericana de Estudios Municipales* y *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Actualmente labora en la Asociación Civil Transparencia.